X.

SOLEDADES.

La lámina de un aparato tan ingenioso que nos diera estampadas en ella las evoluciones del pensamiento humano, sería cosa bien digna de verse en determinadas crisis de la vida. Allí aparecerían, en caracteres *legibles*, los derroteros del discurso en medio del vertiginoso rodar de las ideas; el hilo sutil que enlaza las más mezquinas con las más sublimes, las lúgubres con las risueñas, las cómicas con las dramáticas; la gran lógica, en fin, de lo que nos parece, á la simple observación, génesis estrafalaria de los pensamientos incongruentes que centellean en el fragor de las borrascas del cerebro.

Por carecer de un utensilio semejante que, al fin, inventará el Edisson menos pensado, se llamó loca á sí misma Irene varias veces, mientras permaneció en la postura descrita al final del capítulo precedente. Tales y tan inconexas fueron las ideas que iban desfilando por su cabeza enardecida. Quería pensar con reposo, como lo pedían la ocasión y los sucesos; discurrir con lucidez para dar con una salida clara y pronta en el negro cala-

bozo en que se hallaba, y se le venían á las mientes, pero en chispazos, como pasan las *estrellas errantes* por la bóveda celeste en la obscuridad de la noche, la noticia de *El Océano*, el busto de Jovita Sotillo, el andar de Casallena, el salón de conciertos de la playa, el uniforme del jefe de la estación del ferrocarril, la duda de si eran de plata ó de oro los galones de su gorra y de sus mangas, el Padre Domínguez y la última comunión general de las *congregantas;* «el prócer,» su metal de voz, su continente espetado; su hijo, ¡aquel pescuezo de buitre! ¡aquella calva en el cogote!...

—Por aquí, por aquí está la miga de lo que yo quiero pensar—se decía entonces con el ansia del avaro que, á tientas, da con algo que le parece tesoro.—Aquí es donde yo necesito esforzar el discurso para combinar mis planes; esto es lo que me importa, y nada más que esto.

Y puesta de nuevo á pensar, volvía á escapársele el pensamiento á los asuntos más extraños y á los lugares más remotos.

—¡Loca, loca!—exclamaba la infeliz al verse tan extraviada del camino que se empeñaba en seguir.—¡Qué tienen que ver con mis pesadumbres todas esas boberías, señor Dios misericordioso?

Y tornaba á encauzar el pensamiento, y volvía el pensamiento á escapársele por los más enriscados vericuetos.

—¡Loca, loca sin remedio!—exclamaba otra vez, golpeándose la cabeza con las manos que la sostenían.

Hasta que determinó incorporarse y ponerse en movimiento. Hízolo así; recorrió en todos sentidos la estancia; y como la atormentaba una sensación como de un hierro caliente alrededor de la cabeza, cogió un abanico y se hartó de darse aire con él. Recurso inútil. Como si el aire fuera el de un horno caldeado, cuanto más se abanicaba, más le *ardía* la cabeza. Al fin, por la puerta de escape, y con los rodeos necesarios para no ser vista de nadie, se dirigió al cuarto-tocador.

Encerrada en él, despojóse de cuanto la estorbaba, que no era mucho, para lo que intentaba hacer. Acercóse al lavabo; llenó de agua la ancha jofaina hasta los bordes; miróse al espejo y se quedó asombrada, no del contorno gentil y la blancura turgente de sus brazos desnudos y de su garganta descubierta, sino del cerco enrojecido de sus ojos y del sello profundo que, en tan pocas horas, habían dejado las penas y las lágrimas en su rostro.

Tras una ablución abundante, destrenzó su pelo y le desató; ahuecóle después, metiendo por debajo, hacia la nuca, los dedos entreabiertos de ambas manos, y la negra madeja fué esponjándose y extendiéndose por la espalda, y sobre los ebúrneos hombros y los brazos admirables, como una catarata espesísima de cardadas fibras de seda. Después acabó el peine la obra comenzada por las manos; y cuando ya se encontró Irene más aliviada del *peso* mortificante con aquel oreo de su cabeza, volvió á atarse la profusa mata; la recogió al desdén, pero no sin gracia, porque en este punto siempre son muy escrupulosas las mujeres, por afligidas que se hallen; terminó su peinado; volvió á vestirse á la ligera, como estaba antes; notó que era ya dueña y señora de su discurso, y cometió el disparate de arrellanarse en una mecedora que había allí, para echarse con sus cavilaciones por donde no había logrado echarlas hasta entonces, cuando debió haberse largado á tomar el aire por las encrucijadas de la casa medio vacía.

Ello fué que se quedó allí; que se dió de nuevo á pensar, y que cayó en seguida en la cuenta de que en aquellos momentos, ó la trampa se lo había llevado todo, ó *la gente* estaba ya en sus alojamientos de la playa; ella á dos dedos de la gran escena, y el *caso*, por consiguiente, á pique de dar el estampido. ¡La gran escena! Éste era el pensamiento que la sacaba de quicios. ¡Y era inevitable! Entonces hundió su discurso en las lóbregas regiones por donde deben haber pasado los últimos pensamientos de todos los reos en capilla. Cuando han apurado los medios racionales de salvación; cuando ya sus esperanzas no tienen un asidero en lo humano, el apego á la vida debe haberles infundido muchas y bien extrañas imaginaciones: desde la del repentino motín desarrapado, que comience por abrir las cárceles y derribar los patíbulos, hasta la del temblor de tierra que destruya en un instante la mitad del globo, y siembre la consternación y el espanto en las gentes del otro medio.

Irene, en la proporción correspondiente, sintió

también el influjo de estas empecatadas ideas. Podía muy bien suceder que no hubieran llegado *todavía*, y consistir esto, ó en que á última hora hubieran suspendido y aplazado el viaje, por indisposición repentina de alguien ó por otro motivo cualquiera, ó porque el tren... El tren, bien miradas las cosas, no dejaba de ofrecer peligros serios á cada paso. Por de pronto, descarrila fácilmente; y sin contar, ¡Dios no lo permitiera! los lances más desgraciados, como el rodar por un despeñadero, ó el amontonarse hecho astillas en las negruras de un túnel ó en el fondo de un barranco, abundaban á maravilla los casos de piernas rotas, de muñecas dislocadas, de...—¡Señor y Dios poderoso!—se dijo escandalizada al andar con sus pensamientos por estas encrucijadas diabólicas,—yo no deseo ninguna de esas barbaridades para nadie, yo no soy capaz de eso; pero ellas se vienen rodando á mi imaginación por ser cosas corrientes y de todos los días. Caigo en esos supuestos malos, á fuerza de pensar en los que puedan ser causa de lo que tanto deseo: que no lleguen nunca; que jamás vengan aquí. Yo no pondré el estorbo para que descarrile ese tren, ni ningún otro del mundo; pero si está decretado que ha de descarrilar un tren más, y ha de ser precisamente el tren en que ellos se han metido, ¿qué culpa me cabe á mí en la desgracia, ni en qué peco al considerar que pueden haberse vuelto á Madrid para curarse la pierna dislocada ó la cabeza rota?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Si no tuviera que

pensar en salir viva del trance inicuo, bárbaro, en que se me ha puesto, yo no cavilaría estas atrocidades... Y ¿en qué quedamos?—vino á decirse á poco rato y después de dar una nueva dirección á su pensamiento.—En estas repugnancias mías, tan hondas y tan invencibles; en este propósito inquebrantable que tengo de resistirme con todas mis fuerzas, ¿qué cantidad representa *él?*

Sobre este tema, que tenía muy trabajado desde que se vió enredada en el intrincado laberinto, discurrió largamente; pero no sacó en limpio nada nuevo. *Él* no había llegado á infundirla lo que se llama una pasión, una embriaguez amorosa. Ella, por razón de su fama de rica, más que por la fuerza de una hermosura en que no creía, llevaba oídas muchas impertinencias y grandes sandeces á los hombres que se la habían acercado en el trato corriente de aquella sociedad y de otras semejantes; pocas, muy pocas, fuera de allí. Á ninguno de esos hombres se parecía *él:* todos la habían llenado la cabeza de lisonjas cursis y de requiebros vulgares, y al menos indiscreto de ellos se le transparentaban los mezquinos planes entre la hojarasca de sus «declaraciones» de *manual.* ¡Y cuidado que habían abundado los buenos mozos entre los aspirantes! Otra singularidad de Irene: no la hacían gracia maldita los buenos mozos. Eran muy fatuos, por lo común, y todo lo fiaban al poder de su gallardía, con la vanidad de merecerlo todo, á título de gallardos, aunque fueran unos majaderos. ¡Qué cosas la habían dicho los buenos mozos! ¡Con

qué ojos la habían mirado, y con qué aire de conquistadores la habían paseado la calle! Pues ¿y los meramente *distinguidos*, los que sin pizca de hermosura, y hasta en los puros huesos, habían pretendido cautivarla por la sola virtud de sus prendas de sastrería, de sus borceguíes de ganapán, sus cabellos aplastados y sus actitudes de idiota? *Él* no era buen mozo, ciertamente, en la acepción más usual de estas palabras; pero tampoco de los otros. Su *distinción* no le resultaba de la librea de la clase, sino de las cualidades que le eran propias: de su entendimiento, de su cultura, de su tacto singular para decir y hacer las cosas y elegir sitios y ocasiones de manera que, sin hipérboles ni ostentosos alardes, realzaba la sinceridad de sus dichos y la firmeza de sus nobles afectos y propósitos. No era impaciente ni pegajoso, pero sí leal y resuelto; y en la borrasca que ella estaba corriendo, le *sentía*, sin verle, á todas horas, con el oído alerta y el ojo avizor. No daría un solo paso en su ayuda sin una señal que se lo ordenara; pero tampoco habría obstáculo que le detuviera ni peligro que le arredrara si la señal se le hacía. Esto era querer bien, y mucho, y á tiempo; y ella, si no enamorada, estaba, cuando menos, satisfecha y agradecida. No era, pues, un mal de los ya incurables; pero sí de los que podían llegar á serlo, fomentando poco á poco, con un trato más continuo y *descarado*, lo que hasta entonces no pasaba, por su parte, de una agradable aquiescencia á los testimonios de *él*. Nacían, por consi-

guiente, sus repugnancias hacia *el otro*, no de la fuerza del contraste de los dos, sino de lo que daba el *caso* de sí, por su propia naturaleza abominable. Le repugnaba el hombre, que le había sido antipático y repulsivo como simple amigo de su familia, por la estampa, por el carácter, por su padre, por su madre y por toda la casta de él que ella conocía; por la conducta falsa y rastrera, y las villanas intenciones de todos ellos, secuestradores infames de las flaquezas de un pobre hombre, para chuparle el dinero. Porque si no se tiraba á eso, ¿á qué se tiraba con aquel modo inaudito de proceder? En fin, que sus repugnancias eran absolutas, independientes de cualquier otro sentimiento lastimado con *ello:* lo aborrecía porque era de suyo aborrecible, y con *él* y sin *él* lo hubiera aborrecido lo mismo.

Metida en estas honduras de nuevo, notó que volvía á enardecérsele la cabeza. Temió de lumbre el mal rato que la esperaba si no cortaba á tiempo por lo sano; y poniéndolo todo en manos de Dios, en un arranque decisivo, salió á orearse por la casa.

Atravesaba el vestíbulo precisamente en el instante en que la doncella abría la puerta de la escalera y entraba en él doña Mónica, la beata, con su manto de velillo y sus faldas escurridas de estameña del Carmen. Era una pobre mujer que venía á menudo por allí, generalmente á la hora de tomar chocolate por las tardes, y muy antigua protegida de la familia. Don Roque la manejaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

los cinco mil reales que había heredado del único hijo que tuvo de su matrimonio con un empleado cojo del ramo de Loterías; el cual hijo había muerto seis años hacía, ocho después que su padre, hombre linfático, y por eso acabó de un tumor frío en una rodilla; lo mismo que el hijo, es decir, en lo de linfático; porque el tumor le tuvo éste (que ya empezaba á hacer ahorrillos para el día de mañana en un comercio de Madrid) en la boca del estómago, y además en el pescuezo, y además en la cabeza del fémur. Con el producto de los cinco mil reales; el de sus trabajos de costura para algunos «señores eclesiásticos,» y lo que se le pegaba á menudo «por la caridad» de unas cuantas familias «de lo principal,» que miraban por ella, vivía tan guapamente doña Mónica, arrimada á «un matrimonio de bien» que la daba lumbre y un buen cuarto en su casa por poco dinero. Era delgadita; algo acartonada; de voz un tanto nasal; hablar pausado, pero continuo; cabeza un poco entornada á la izquierda, con inclinación hacia el pecho al mismo tiempo, y ojos de expresión aflictiva; por lo cual, y la costumbre de andar y de hablar con las manos cruzadas sobre el estómago, parecía un mal remedo de una Dolorosa *en cromo* que ella tenía sobre la cabecera de su cama. Á pesar de estas señales de su persona, no era gazmoña la beata, ni resultaba indigesta su conversación, ni pesada su visita para las señoras de su trato; y esto consistía, sin duda, en que para cada cual hería la tecla correspondiente de sus varios registros. Para

las señoras dadas ó propensas á la mística, sabía textos de la *Guía de Pecadores*, ejemplos del *Camino recto y seguro para llegar al cielo*, milagros recientes de la Virgen de Lourdes, y, sobre todo, ofrecer en extracto comentado el último sermón ó lectura del predicador de sus entusiasmos en la novena del Carmen ó en la fiesta de san Matías; para las piadosas algo mundanas, tenía un caudal inagotable de noticias de vecindad, como rumores de casamientos, de enfermedades peligrosas, de avenencias ó desacuerdos entre personas antes bien ó mal avenidas... noticias que iba dando poco á poco, y como si las dejara caer, entre las referentes al *Coro de Siervas* ó á la *Corte de María;* pero todo ello, entiéndase bien, con la honradísima intención de ser agradable á las personas que tanto la favorecían, sin ofensa para nadie ni agravio de la ley de Dios.

Á pesar de esto y de lo bonísima que era en el fondo Irene, cuando se topó con ella tan de improviso en el recibidor lo tuvo á contrariedad muy grande. ¡Para coplas de beata estaba su cabeza entonces! Pero en seguida pensó muy de otro modo: por lo mismo que tenía preocupaciones que la atormentaban, necesitaba escobas para barrerlas de tarde en cuando. Por lo que recibió á doña Mónica con mucha afabilidad y la llevó consigo al gabinete de la sala, la segunda pieza en la escala categórica de las «de recibir.»

—Yo no sé si incomodo—dijo doña Mónica mientras se sentaba poco á poco en el borde de

una butaca, sin dejar de mirar á Irene con sus ojuelos entornados,—viniendo á estas horas y en un día tan ocupado para ustedes... según acabo de saber en la portería.

—Usted no incomoda nunca, doña Mónica—la respondió Irene en ademán placentero y cariñoso;—y mucho menos hoy, créame...

—Es que he sabido también—añadió la beata con voz algo plañidera y un mirar muy dolorido, —que se había usted quedado en casa algo indispuesta... Como que casi esto sólo me animó á subir para preguntar siquiera; y preguntándolo estaba á la muchacha, cuando Dios nuestro Señor me la puso á usted delante.

—Y es la verdad, doña Mónica—dijo Irene esforzando una sonrisa que no se dejaba pintar en sus labios,—es la verdad que ando estos días un poco trastornada de salud; pero no es cosa de cuidado, gracias á Dios.

—La Virgen Santísima lo quiera así—respondió la beata levantando hasta el pecho sus manos cruzadas sobre el estómago, y los ojos á la cornisa del gabinete.—Pero, aunque ello sea poco, pudiera incomodarla á usted la conversación.

—Al contrario: me viene de perlas para distraerme en estos ratos tan largos, sola y sin nada que hacer. Con que así dígame, sin miedo de molestarme, qué es lo que se le ocurre á estas horas tan desacostumbradas para usted.

—Pues páguele Dios la bondad que tiene conmigo en la salud que merece—dijo doña Mónica

muy agradecida y satisfecha,—y sepa que venía á estas horas, en primer lugar, á traer á ustedes las papeletas de este mes. Anoche me las entregó el sacristán con la mía, según hace todos los meses... Voy á dárselas á usted...

Sacó del hondo bolsillo de su vestido de estameña un librejo de oraciones, muy resobado, y de entre sus hojas arranciadas, dos papeletas de los *Píos oficios del Sagrado Corazón de Jesús*, las cuales entregó á Irene diciéndola:

—La comunión y desagravio, ya verá que es el seis. No hay fallecida... Me parece que usted, si no recuerdo mal, ha caído *Víctima*...

—Es la pura verdad—respondió Irene con una sonrisa muy amarga, mientras pasaba la vista por la papeleta que le correspondía:—me ha tocado ser víctima en este sorteo. Dios sabe bien lo que se hace.

—Y ni la hoja del árbol se mueve sin su santa voluntad—observó en tono solemne la beata,—y hasta de los pajaritos del aire cuida su Divina Providencia.

—Eso es lo que consuela, doña Mónica; digo, lo que debe de consolar á los que se ven cargados de penas y abandonados de todos... ¿Y qué otra cosa se le ocurre á usted?

—Pues hágase usted cuenta, doña Irene, de que nada más, si bien se mira; porque verá usted: yo salí de casa, ó mejor dicho, de la última misa de las tres que he oído esta mañana, con la intención de traer á ustedes las papeletas, y con la de pedir

al señor don Roque treinta y cuatro reales y cuartillo de lo que me hace la caridad de administrarme...

—Pues ya sabe usted que no está en casa—interrumpió afablemente Irene;—pero no la apure esa dificultad si le corre prisa esa pequeñez de dinero...

—Muchísimas gracias, señorita Irene, y el Señor la recompense la buena voluntad; pero no hay para qué se moleste, porque verá usted lo que ha pasado. Ya sabe usted lo caritativa que es conmigo doña Mercedes, la señora de don Anselmo Vila, lo mismo que él... y lo mismo que todos los de su casa; porque la verdad es que no sé á quién de ellos debo más caridades y agasajos. De aquí viene la mucha ley que los tengo, particularmente al señorito Pancho, que es hasta manirroto conmigo.

Irene, en quien ya se había notado algún desasosiego al oir citar á la familia aquélla, cuando oyó este último nombre en labios de la beata, sintió, y era la verdad, que se le encendía un poquito el color de las mejillas, por obra de dos sacudidas anormales de su corazón. Tosió sin necesidad, llevándose al mismo tiempo su pañuelo á la boca, y rectificó dos veces su postura en la silla que ocupaba.

Doña Mónica, haciendo como que no lo notaba, ó sin notarlo en realidad, continuó diciendo, tras una brevísima pausa:

—Pues cátese usted que, saliendo hace un rato

de la última misa, me encuentro casi á tope y calle arriba, al paso que él usa siempre, con el señorito Pancho. «El Señor le acompañe,» le dije yo un poco recio para que me oyera. Oyóme, conoció la voz, volvió la cara hacia mí, y corrí yo á saludarle, porque, tras de merecerse esta cortesía de por sí mismo, hacía ya bastante tiempo que no tenía el honor de hablar con él. Con que, señorita de mi alma, paróse hecho unas dulzuras en cuanto le alcancé; y pregunta va y respuesta viene entre los dos, con un cariño y una parcialidad de su parte, que la Virgen de las Misericordias se lo galardone tanto como yo se lo agradecí. Pues, señor, que andan las palabras y llegan, en su punto, las de «á dónde» y «para qué»; á lo que yo dije, porque no cometía en ello falta ni pecado, y era la pura verdad: «á casa del señor don Roque á pedirle un puñado de reales de los de mis propios peculios para salir de una dificultad, no muy grande por la misericordia de Dios...» Con que, señorita de mi alma, quién le dice á usted que lo mismo es oir esto el señorito Pancho, que preguntarme cuánta era la cantidad del apuro, declarárselo yo, llevarse él la mano al bolsillo del chaleco, y poner en las mías dos duros cabales. «Que sí, que no, que no los merezco, que eso y mucho más, que toma y que vira...» en fin, que no bastaron razones y que tuve que tomarlos... Pues, señor, que acerté á decirle que todavía con eso no me ahorraba el viaje, porque tenía que entregarla á usted las papeletas que la acabo de entregar; y vuelta á en-

redarnos en preguntas y respuestas: él sobre si vengo mucho ó poco por aquí, y yo sobre lo que tengo que agradecerles á ustedes, y á usted, particularmente, señorita Irene; porque la verdad debe decirse, y es la verdad pura que la caridad de usted conmigo no tiene medida, como la misericordia de Dios nuestro Señor. ¡Válgame la Divina Providencia, cómo me clavaba los ojos por detrás de los espejuelos, igualmente que si me oyera por ellos y no por los oídos, en tanto que yo le hablaba de estas cosas! Vea usted, señorita, lo que puede de por sí misma la cristiandad de un corazón, cuando con sólo hablar de ella, aunque sea por labios tan pecadores como los míos, se cautiva la atención de los hombres más metidos entre la pompa mundana! «Pues toma este pico más, siquiera por lo que tienes de agradecida,» me dijo por conclusión... Y, pásmese usted, señorita: me planta en la mano, que quieras que no, otros dos duros. Con esto y poco más se despidió de mí, encargándome mucho que no dejara de entregar las papeletas con la puntualidad á que estaba obligada por los beneficios que recibía de usted. De modo y manera, señorita, que, con la lotería que me ha caído esta mañana, ya no necesito del señor don Roque la cantidad que pensaba haberle pedido; ni que usted se tome el trabajo de dármela en nombre de él, voluntad que agradezco lo mismo y más que si el favor se me hubiera hecho.

Grande sería la atención con que Pancho Vila escuchó los panegíricos que la beata le hizo de

Irene; pero quizás no tanto como la de ésta al oir el relato de doña Mónica. Lo de las prodigalidades del joven, á medida que la beata iba encareciéndole los sentimientos caritativos de ella, es decir, hablándola de Irene, la cautivaron de tal modo, que dejándose llevar de sus primeras impresiones y sin darse clara cuenta de lo que hacía, apenas hubo pronunciado la relatora la última palabra, se incorporó de repente y salió de la estancia, con los ojos radiantes y el ademán resuelto.

—Vuelvo al instante,—dijo á la beata al levantarse.

Y al instante volvió con un papelejo de color, en varios dobleces, entre manos.

—Los días—dijo al sentarse otra vez,—no amanecen del mismo color para todos: para unos son de fortuna, y para otros de pesadumbres. Hoy le ha tocado á usted ser afortunada. Dele gracias á Dios, y tome estos cinco duros para con los otros cuatro... La caridad es contagiosa, y yo además he caído en la cuenta de que hace ya mucho tiempo que no la socorro con nada.

Doña Mónica, con los ojos muy abiertos y clavados en los de Irene, desenlazó las manos que, según costumbre, tenía entrelazadas, y estiró los dedos, y hasta niveló las palmas; pero no separó las muñecas de la boca del estómago. Irene, adivinando su asombro, la puso el billete en la diestra, y hasta le dobló los dedos al ver que ella no lo hacía, y la dijo al mismo tiempo:

—No la pasme esta largueza, doña Mónica. Yo

tengo mi poco de hucha para obras de caridad, y de vez en cuando me da el tema por pasarme de la tarifa ordinaria. Esta vez le ha tocado á usted aprovecharse del despilfarro. Será porque lo merece. Dele gracias á Dios, y pídale por los afligidos y por los desamparados de los hombres... Y vuélvase por aquí un día de éstos, porque tengo unas prendas de ropa y algún calzado que darla. Lo tenía reservado para usted; sólo que ya no me acordaba. ¿Me ha entendido?

Preguntaba esto Irene, porque doña Mónica no cesaba de mirarla en silencio, ni daba otras señales de vida que un parpadeo incesante y unas ondulaciones muy raras en los labios. De pronto se escurrió de la butaca, se puso de rodillas delante de Irene; y, rompiendo á llorar, la dijo:

—¡Qué hice yo, pecadora de mí, para merecer tantos favores? Déjeme, señorita de mi vida, que la bese esas manos bienhechoras; digo, no, los pies con que pisa la tierra que ha de pudrir estos huesos miserables... y eche Dios justiciero sobre mí, que nada valgo y que para nada sirvo, las penas que estén destinadas para afligir ese corazón de perlas...

Pero Irene, viendo á la beata resuelta á hacer lo que iba diciendo, forcejeó con ella hasta levantarla del suelo, por el cual empezaba á arrastrarse para besarla los pies.

—Éste es asunto concluído ya—la dijo al mismo tiempo,—y no hay para qué hablar de él, ni merece el pago que usted quiere darle. Serénese

un poco; váyase ahora en paz y en gracia de Dios, porque yo tengo algunas cosas de urgencia que hacer en seguida, y vuélvase, como la dije, mañana ó pasado, ó cuando quiera; pero vuelva alguna vez que otra: ya sabe con qué gusto se la recibe aquí.

Tras esto y poco más, salió del gabinete la beata secándose las lágrimas con el pañuelo y lanzando suspiros muy hondos y temblones. Irene la acompañó hasta la puerta. Allí la despidió con unas palmaditas en la espalda y algunas frases cariñosas, y se volvió á su cuarto.

—¡Señor... Señor!—se dijo al verse otra vez sin testigos.—Yo estoy engañándote sin conciencia. Esto que he hecho con esa pobre mujer y cuanto la he prometido, no es caridad ni cosa que se le parezca: todo es obra de un arrebato egoísta; de un estallido de algo que llevo en el fondo de mi corazón, sin saber á punto fijo por qué ni para qué, ni lo que ocupa allí, ni lo que pesa, ni lo que vale... Soy mujer; estoy sola y á obscuras, cargada de pesadumbres, y atada de pies y manos... Esa cuitada me trae en unas palabras un rayo de luz que alumbra mi calabozo y alivia mis penas, y me infunde un poco de valor y de fortaleza. Es como la mensajera providencial de un alma, de la única alma que en el mundo parece condolerse de las tribulaciones de la mía... No sé á dónde voy ni qué me propongo, ni qué plan me guía en lo que acabo de hacer; sólo sé que he visto como un hilo de comunicación entre el alma libre y la prisione-

ra, y que no quiero romperle ni soltarle de mis manos... por lo que pueda acontecer. ¿Hago bien en ello? ¿Hago mal?... ¡Señor misericordioso! Tú, que lees en el fondo de los corazones; tú, que conoces y estimas sus flaquezas y la ceguedad de nuestros ojos, inspírame lo más honrado, y ten compasión de mí...

En este punto de su mental imprecación la sorprendió el ruido del landó flamante que se detenía á la puerta de su casa... Hasta el pensamiento se le cuajó de repente á la infeliz. ¿Qué esperanzas ó qué males la traería reservados en el fondo aquella nueva caja de Pandora?

XI.

CONFIDENCIAS.

Irene, con el ceño sombrío, los ojos azorados; el color pálido, los labios entreabiertos, de pie en medio de la habitación, como una arrogante estatua en la cual el genio de la escultura helénica hubiera querido representar la curiosidad mezclada de recelos y temores, vió entrar á su hermana Petrilla abanicándose mucho la enardecida faz, radiante de malicias, y algo desmadejada de cuerpo por el calor y el trajín de la mañana; dejarse caer en la butaquita que poco antes había ocupado ella; reclinar el gallardo busto contra el respaldo; estirarse; poner los piececillos, primorosamente calzados, uno sobre otro, y darse más aire, ¡muchísimo aire! con el abanico, que crepitaba en su linda mano como si estuviera haciéndose añicos. De pronto enderezó el tronco, plegó las rodillas, arrojó la sombrilla y el abanico sobre la silla inmediata, y se llevó ambas manos al sombrero para quitársele, exclamando al mismo tiempo:

—¡Hija, qué calor, qué trajines... y qué gentes esas! Pensé que no se acababa el encierro en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO